

ra de ellos está en peligro ante las legislativas de noviembre. Algunos ya han recomendado llanamente olvidarse de la reforma sanitaria. Otros han pedido esperar a que Brown tome posesión de su escaño.

En estos momentos, el liderazgo del partido está tratando de fusionar los dos textos de esa ley surgidos del Senado y de la Cámara de Representantes. El resultado tiene que volver a ser votado en ambas instituciones. Tras la derrota en Massachusetts, los demócratas se quedan con un escaño menos de los 60 que necesitan para pasar esa legislación en el Senado. Existen diferentes mecanismos y argucias legislativas para sortear ese obstáculo y aprobar la reforma con la mayoría que aún le queda al Gobierno. Pero cualquier fórmula que se emplee corre el riesgo de ser entendida por los ciudadanos como

La Casa Blanca insiste en que seguirá adelante para aprobar la ley

La izquierda demócrata pide más ambición; los moderados, menos

una burla a la voluntad popular.

Sin reforma sanitaria, efectivamente, el año transcurrido se puede considerar un año perdido desde el punto de vista de las grandes transformaciones prometidas. Sin embargo, aprobar la reforma sanitaria en las circunstancias actuales puede ser aún más contraproducente a largo plazo.

Es, desde luego, una situación política extremadamente delicada que requiere movimientos sabios y finos de parte del presidente para rescatar su gestión. Obviamente, no está todo perdido. La mitad del país todavía le apoya, y hay tiempo y oportunidades de sobra para hacer los ajustes que se decidan. Lo difícil es encontrar el rumbo, averiguar qué es exactamente lo que Massachusetts está expresando. "Hay varios mensajes ahí", dijo Axelrod, "hay un sentimiento general de descontento con la economía y un descontento con Washington, que es exactamente por lo que nosotros fuimos elegidos".

Para atajar ese sentimiento existen dos vías evidentes: acentuar el ritmo y la profundidad de los cambios o efectuar un golpe de timón y girar a la derecha. Ninguna de las dos opciones es fácil ni se adapta al estilo personal de Obama. La izquierda demócrata exige más osadía. Uno de los representantes de esa ala, el ex candidato presidencial Howard Dean, asegura que lo ocurrido en Massachusetts es la consecuencia de la timidez y la voluntad bipartidista de la Administración. Pero la otra mitad del partido le pide al presidente que rebaje sus ambiciones. Obama va a tener que decidir sin contar con ellos. Massachusetts es, además de todo lo dicho, una llamada al sálvese quien pueda.

Un éxito relativo de los republicanos

El verdadero triunfador es el radicalismo conservador que crece en la base

A. CAÑO, Washington

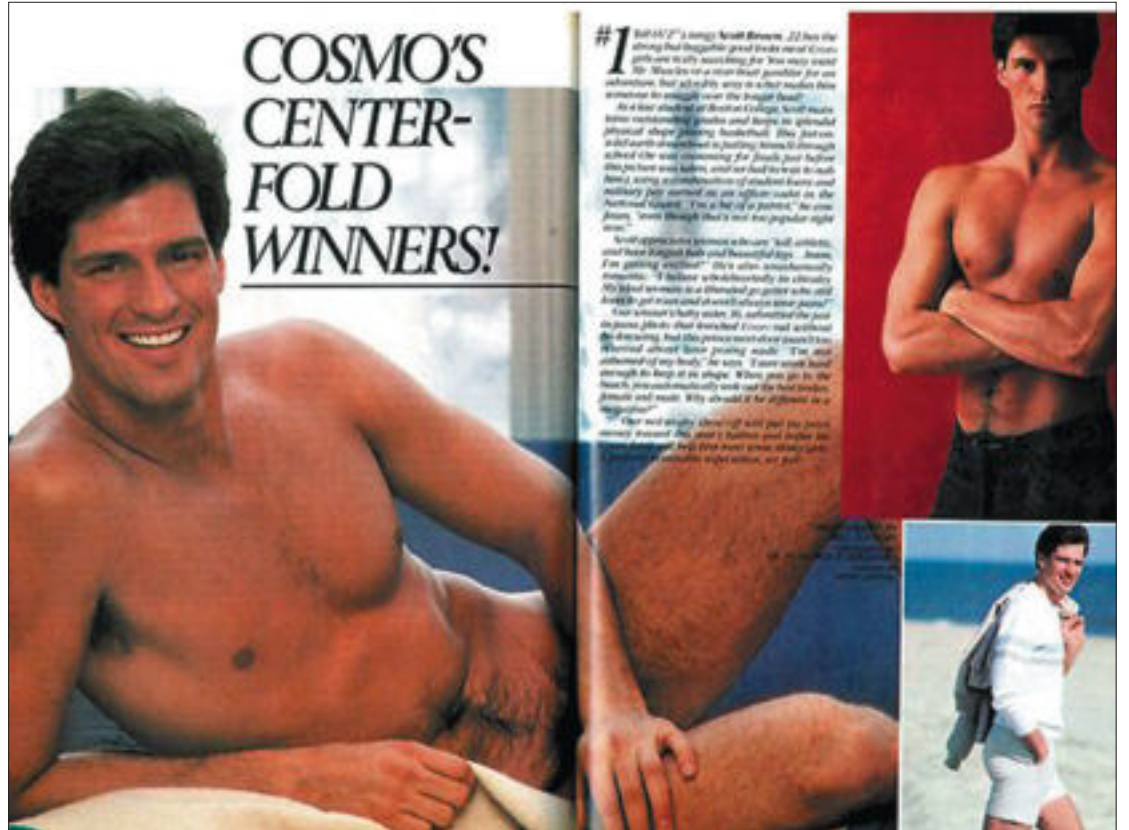
La explosión de alegría con la que los conservadores recibieron ayer su victoria en la elección de un escaño para el Senado por el Estado de Massachusetts está más que justificada en una formación que ha conseguido recuperar la iniciativa política sólo un año después de perder la presidencia, pero no es la prueba de la buena salud del Partido Republicano ni una garantía de sus éxitos futuros.

El vencedor en el Estado de Massachusetts, Scott Brown, es un populista sin identificación ideológica que, durante la campaña, tuvo mucho cuidado de no ser identificado como republicano y evitó rodearse de las figuras más representativas de ese partido. Su victoria, además de la derrota de Barack Obama y de los demócratas, es la victoria de la persona que sirve como mensajero del malestar de los votantes, no necesariamente la victoria del Partido Republicano.

Una encuesta publicada ayer mismo por el periódico *The Wall Street Journal* y la cadena NBC otorgaba a los republicanos una preferencia de voto de cara a las elecciones legislativas de noviembre del 41%, exactamente igual que a los demócratas. A la pregunta de si aprueban la actuación de la oposición durante el debate de la reforma sanitaria, el 64% de los entrevistados contesta que no, una cifra peor que la de Obama.

No es, por tanto, en este momento el Partido Republicano el canalizador del descontento popular. Sus éxitos y su visibilidad recientes se deben a la energía cobrada por un movimiento de base conocido como los *tea party*, en alusión a uno de los acontecimientos decisivos de la Revolución América y uno de los que mejor explica el sentimiento de esta sociedad contra los impuestos y la autoridad gubernamental.

A finales del siglo XVIII, aquella fue una gesta contra el odiado imperio británico que elevó la reputación de uno de los padres de la nación, Samuel Adams. Trasladado a los albores del siglo XXI, el *tea party* es un movimiento que sustancial-



En cueros para hacer carrera

Este hombre es el elegido por los votantes de Massachusetts para ocupar el escaño del fallecido Ted Kennedy. Por supuesto, las fotos no han formado parte de la campaña electoral del republicano Scott Brown ni son actuales. Pertenecen a la época de

estudiante en la Universidad de Boston del entonces joven Brown (22 años), que posó desnudo en *Cosmopolitan* para costearse la matrícula. Su desnudo le valió ser votado por los lectores de la revista como "el hombre más sexy de EE UU".— Y. M.

Scott Brown es un populista sin identificación ideológica

El movimiento 'tea party' canaliza los temores de la clase media blanca

mente representa el miedo del hombre blanco de clase media, exacerbado por la crisis económica y la llegada de un afroamericano a la Casa Blanca. Sus ideas y sus mensajes son una mezcla de anarquismo liberal, racismo y fanatismo religioso.

No tienen un líder ni un domicilio social. Pero han organizado las mayores movilizaciones populares del último año,

se han extendido por casi todo el país y han sacado al conservadurismo del estado de postración en que lo dejó George Bush. A principios de febrero celebrarán su primera convención, en Nashville (Tennessee), donde Sarah Palin—ex candidata a la vicepresidencia y ex gobernadora de Alaska—pronunciará el discurso de clausura.

Las actividades de los *tea party* han recibido amplia cobertura de parte de la cadena de televisión Fox News, cuyo más exaltado comentarista, Glenn Beck, es también una de las estrellas y principales agitadores del movimiento.

De esa confabulación de intereses se ha aprovechado el Partido Republicano, cuyos dirigentes actualmente oscilan entre el apoyo prudente a los *tea party* y el silencio complaciente. Figuras como John McCain y Newt Gingrich, por ejemplo, han alertado del peligro potencial de radicalización y exclu-

sión que representa. El vencedor en Massachusetts exhibió, sin embargo, en alta voz el respaldo que ese movimiento había dado a su candidatura.

Por mucha energía que esa plataforma genere, no es difícil augurarle tensiones internas y debilidades en cuanto se produzca el debate por la toma del poder. Puede ayudarle al Partido Republicano a reunir fuerzas para ganar en noviembre, pero es muy aventurado pensar que los *tea party* puedan representar una opción seria para recuperar la presidencia en 2012.

Incluso puede acentuar el fenómeno, que ya se observó en 2008, de marginalización de los republicanos entre las minorías raciales y los electores mejor educados y de hábitat urbano, quizá decepcionados con Obama pero también asustados de la beligerancia con que se expresa la alternativa conservadora.

Un hombre mata a ocho personas en Virginia

YOLANDA MONGE, Washington

Christopher Bryan Speight, el hombre sospechoso de haber asesinado el martes a ocho personas en el condado de Appomattox, en el Estado de Virginia, se entregó a primera hora de la mañana de ayer después de huir y refugiarse en los frondosos bosques de la zona. Según el último comunicado de la policía local, se desconocen las causas que llevaron a Speight, de 39 años, a cometer la

matanza. Todas las víctimas son adultos.

Los cadáveres fueron hallados en la casa de Speight, quien huyó de ella el martes. Tres se encontraban en el interior y cuatro a la entrada. Una octava persona, descubierta malherida en un camino rural por el ayudante del *sheriff* que acudió a una llamada de emergencia, murió cuando era trasladada al hospital.

El drama ha dejado conmocionada a la pequeña localidad de

Appomattox (160 kilómetros al suroeste de Richmond, capital de Virginia, y a unos 250 de la capital de la nación, Washington), famosa por ser el lugar en el que el general confederado Robert Lee se rindió al general de la Unión Ulysses Grant, poniendo fin a la Guerra de Secesión americana.

"Estamos ante una tremenda tragedia", declaró ayer Corrine Geller, portavoz de la policía. "Es sin duda el peor asesinato en masa en Virginia desde la tragedia

de Virginia Tech en abril de 2007 [32 personas fallecieron por los disparos de un joven que luego se quitó la vida]", dijo. Geller no especuló sobre si el sospechoso tenía vínculos familiares con las víctimas (según algunos medios, entre ellas se encuentran su esposa y su hijo), pero sí informó de que eran conocidos. Anoche, un portavoz de la policía estatal informó de que se habían encontrado "multitud de explosivos" dentro y fuera de la casa de Speight.